

## Prólogo

El Ala había ido a la biblioteca en busca de esperanza. Se paseaba entre las estanterías con una mano en el bolsillo de su gabardina, mientras deslizaba la otra por los lomos agrietados de libros muy queridos, y el polvo recogido por otros que no lo eran tanto. Hacía horas que se había marchado el último usuario. Aun así el Ala seguía con sus gafas de sol, y su bufanda bien ceñida al cuello y la cabeza. La luz escasa de la biblioteca prestaba una oscuridad poco menos que humana a su piel negra. Sin embargo, las plumas que ocupaban el lugar del pelo, y la absoluta negrura de sus ojos, similares en tamaño y brillo a los de un cuervo, eran puramente ávices.

Le gustaban mucho los libros, con los que se evadía de sus obligaciones, de sus compañeros del Consejo de Ancianos, que acudían a ella (su única vidente viva) para que los guiase, y de una guerra tan larga que casi nadie recordaba sus inicios. Si bien hacía más de un siglo que se había librado la última gran batalla, seguía imperando una situación de violencia latente en que ambos bandos esperaban un desliz de la facción rival, una pequeña chispa que prendiera un fuego incontrolable. La lenta danza de sus dedos se detuvo cuando un título captó su atención: *Historia de dos ciudades*. Podía ser agradable leer sobre una guerra ajena, olvidando así tal vez la propia. Se disponía a sacar el tomo de la estantería cuando percibió un levísimo tirón en el bolsillo de la gabardina.

Su mano salió disparada hacia la muñeca del carterista. Se trataba de una niña flaca y pálida, cuyo menudo puño apreta-

ba con fuerza el monedero mientras sus ojos marrones contemplaban sin parpadear la desnuda muñeca del Ala.

—Tienes plumas —observó.

El Ala ya no se acordaba de la última vez que un ser humano se había alterado tan poco ante la visión de su plumaje. Soltó la muñeca de la niña y se tapó el antebrazo con la manga. Después recompuso su bufanda y gabardina para ocultar el resto de su cuerpo.

—¿Me devuelves la cartera, por favor?

No se trataba en realidad de una cartera, ya que no era dinero lo que contenía, sino un fino polvo negro cuya energía lo hacía vibrar en la mano del Ala. Eso, sin embargo, no hacía falta que lo supiera la niña.

Esta la miró.

—¿Por qué tienes plumas?

—La cartera, por favor.

No se inmutó.

—¿Por qué llevas gafas de sol aquí dentro?

—La cartera, ya.

Miró la bolsita que tenía en la mano, como si lo pensara. Después volvió a mirar al Ala, pero sin renunciar al objeto en cuestión.

—¿Por qué vas con bufanda, si estamos en junio?

—Te veo muy curiosa para ser tan pequeña —comentó el Ala—. Además, es medianoche. No deberías estar aquí.

—Tú tampoco —repuso la ladrona sin vacilación alguna.

Al Ala se le escapó una sonrisa.

—*Touche*. ¿Dónde están tus padres?

De repente la niña se había puesto tensa. Sus inquietos ojos buscaron por donde escaparse.

—Eso a ti no te importa.

—A ver qué te parece esto —dijo el Ala, poniéndose en cuclillas para que sus ojos quedaran al nivel de los de la muchacha—: tú me explicas por qué estás sola dentro de la biblioteca a estas horas de la noche y yo te cuento por qué tengo plumas.

La niña la estudió un momento, con un recelo inusitado en alguien de su edad.

—Vivo aquí.

Observó al Ala bajo sus espesas pestañas marrones, mientras frotaba contra el suelo de linóleo la punta de una zapatilla blanca y sucia.

—¿Quién eres? —añadió.

Multitud de preguntas, apretadas en un pequeño fardo: ¿quién eres? ¿Qué eres? ¿Por qué eres? El Ala dio la única respuesta que podía dar.

—Soy el Ala.

—¿«El Ala»? —La niña puso los ojos en blanco—. No parece un nombre de verdad.

—A tu lengua humana le sería imposible pronunciar mi nombre.

Abrió mucho los ojos, pero sonrió: una sonrisa vacilante, como por falta de costumbre.

—Pues entonces, ¿cómo tengo que llamarte?

—Puedes llamarme el Ala. O Ala, que es más corto.

La pequeña ladrona arrugó la nariz.

—¿Eso no es como llamar «gato» a un gato?

—Es posible —respondió el Ala—, pero en el mundo hay muchos gatos, y Ala una sola.

Su respuesta pareció contentar a la niña.

—¿Qué haces aquí? Es la primera vez que veo a alguien más en la biblioteca a medianoche.

—A veces —dijo el Ala—, cuando estoy triste, me gusta tener cerca todos estos libros. Son perfectos para olvidar los problemas. Es como tener un millón de amigos con envoltorio de papel y garabatos de tinta.

—¿No tienes amigos normales? —preguntó la ladrona.

—No, de esos propiamente no.

No había melancolía en la respuesta del Ala. Era la pura verdad sin adornos.

—Qué triste. —La niña tocó una de las manos del Ala y acarició con el meñique las finas plumas de sus nudillos—. Yo tampoco tengo a nadie.

—¿Y cómo es posible que a todos los que trabajan aquí les haya pasado desapercibida una niña?

La respuesta fue algo tímida.

—Me escondo muy bien. Había tenido que hacerlo muchas veces. En casa, me refiero. Antes de venir. —Asintió con un gesto decidido—. Esto es mejor.

El Ala sintió en sus ojos el picor del llanto, algo que ya no recordaba haber sentido.

—Perdona que te haya quitado la cartera. —La niña le tendió el monedero—. Es que tenía hambre, pero si hubiera sabido que estabas triste no lo habría hecho.

Una pequeña ladrona con conciencia. ¿No se acabarían nunca los prodigios?

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Ala.

La niña bajó la vista, pero sin soltarle la mano.

—No me gusta mi nombre.

—¿Por qué?

Encogió uno de sus hombros huesudos.

—No me gustan las personas que me lo pusieron.

El corazón del Ala corría peligro de acabar hecho cenizas.

—Pues quizá te convenga elegir otro.

—¿Se puede? —dijo dubitativa la pequeña ladrona.

—Se puede hacer lo que se quiera —respondió el Ala—, pero piénsalo bien. Tratándose de nombres conviene no ir con prisa. Tienen poder, los nombres.

La niña sonrió. El Ala supo entonces que no regresaría sola al Nido aquella noche. Había ido a la biblioteca en busca de esperanza, pero lo que había encontrado era una niña. Aún tardaría muchos años en darse cuenta de que no eran dos cosas tan distintas.

# 1

## Diez años más tarde

En su vida, Eco seguía dos reglas. La primera era muy simple: que no te pillen.

Penetró con sigilo en la tienda de antigüedades, perdida en una de las callejuelas del mercado nocturno de Shilin, en Taipéi. La entrada palpitaba de magia, como cuando el cemento desprende ondas de calor bajo el sol sofocante del verano. Si Eco la miraba de frente solo veía una puerta metálica sin ninguna inscripción, pero al volver la cabeza en un determinado ángulo se le mostraba el tenue brillo de las salvaguardias, que hacían que la tienda fuera casi invisible excepto para quienes sabían qué buscar.

Dentro de la tienda no había luz, salvo el vago e indirecto resplandor de los fluorescentes del mercado. Las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de antigüedades en estados diversos de deterioro. En el centro de la sala había una mesa, con un reloj de cuco desmontado de cuyo lánguido muelle colgaba tristemente el pajarito. El dueño de la tienda, un brujo, era especialista en encantar objetos cotidianos, de los que algunos tenían fines más nefandos que otros. Los conjuros más negros dejaban un residuo que Eco, sin embargo, después de tantos años de experiencia con la magia, sentía en la espalda como un escalofrío. Mientras evitara esos objetos no le pasaría nada malo.

La mayoría de los artículos que ocupaban la mesa estaban demasiado oxidados o rotos para presentarse como opción. Había un espejo de mano resquebrajado por el medio, un reloj herrumbroso con un segundero que corría hacia atrás y un medallón en forma de corazón con sus mitades separadas, como si le hubieran dado martillazos. El único objeto que parecía funcionar era una caja de música. Su esmalte estaba viejo y descascarillado, pero la imagen de la tapa (una bandada de pájaros) estaba dibujada con trazos hermosos y elegantes. Cuando abrió la tapa oyó una melodía conocida, mientras un diminuto pájaro negro empezaba a girar sobre su eje.

«La nana de la urraca», pensó a la vez que se bajaba la mochila de los hombros. Al Ala le encantaría, aunque desconociera el concepto de cumpleaños, así como los regalos asociados a él.

Le faltaban solo unos centímetros para tocar la caja cuando se encendió la luz. Volvió de golpe la cabeza y vio en la puerta de la tienda a un brujo cuyos ojos blancos como el yeso, única señal de que no era del todo humano, se enfocaron en la mano de Eco.

—Te he pillado.

«Maldición.» Por lo visto había reglas hechas para no cumplirse.

—No es lo que parece —dijo Eco.

Mejores explicaciones había dado, pero bueno, tendría que bastar. El brujo arqueó una ceja.

—¿Seguro? Porque parece que estuvieras pensando en robarme.

—Bueno, vale, sí que es lo que parece. —La mirada de Eco se posó en un punto situado a espaldas del brujo—. Pero... ¿qué es eso?

El brujo solo se volvió un segundo. Eco, sin embargo, no necesitaba más. Tras apoderarse de la caja de música la metió

en su mochila, se la echó al hombro y embistió al recién aparecido, que cayó al suelo con un grito. Eco ya corría hacia la plaza del mercado.

Regla número dos, pensó mientras pasaba a toda prisa junto a un puesto de comida del que se llevó un bollo de carne de cerdo: si te pillan, corre.

De día había llovizado, así que el pavimento estaba mojado. Sus botas resbalaron al doblar una esquina. En los cálidos aires del mercado, tan repleto que apenas quedaba un resquicio entre los compradores, se mezclaban olores succulentos de cocina callejera. Eco mordió el bollo e hizo una mueca al quemarse la lengua por culpa del vapor. Quemaba, pero estaba delicioso. La comida robada sabe mejor que la no robada. He ahí una verdad universal. Saltó sobre un charco de agua turbia, y a punto estuvo de atragantarse con el último bocado de pan pringoso y cerdo asado. Comer y correr al mismo tiempo no era tan fácil como parecía.

Se internó por el gentío, sorteando endebles carretillas y peatones embobados. A veces tenía sus compensaciones ser pequeña. Al brujo que pisaba sus talones no le estaba siendo tan fácil: chocó, entre sonoras palabrotas, con el puesto de bollos, haciendo caer por el suelo un montón de porcelana para los turistas. Pese a lo rudimentario de su mandarín, Eco estaba casi segura de que el brujo acababa de arrojar una cascada de insultos enormemente jugosos sobre ella y su parentela. Qué quisquillosa era la gente cuando le robaban sus cosas... Sobre todo los brujos.

Se resguardó en un toldo bajo y echó un vistazo hacia atrás. El brujo se había quedado rezagado. La distancia entre los dos era ya respetable. Dio otro mordisco al bollo, haciendo saltar migas. Por muy cerca que hubiera estado de caer en manos de un psicópata resentido y con poderes mágicos, no había comido nada desde el desayuno (una porción de pizza fría), y el hambre no perdonaba a nadie. El

brujo pidió su arresto a gritos a dos policías junto a los que Eco pasó como una exhalación. Unos dedos rozaron su manga, pero se escabulló antes de que pudieran hacer presa en ella.

Mola, caracola, pensó, aguantando el dolor que había empezado a despertarse en su musculatura. Casi he llegado.

Apareció, intensamente luminosa, la señal de la estación de metro de Jiantan. Eco suspiró aliviada. Una vez dentro de la estación solo tendría que encontrar una puerta cualquiera para desaparecer en una nube de humo. O mejor dicho de polvo negro como hollín.

Tiró a una papelera los restos del bollo y buscó en su bolsillo el pequeño zurrón sin el que nunca salía de su casa. Acto seguido se catapultó por encima del tornio, con un fugaz «¡Disculpe!» al azorado jefe de estación, mientras se oía cada vez más cerca la estampida de las botas.

En el andén, a menos de cincuenta metros, había un armario de servicio que estuvo segura de que le iría de perlas. Metió los dedos en el zurrón para llenarse la mano de polvo. Polvo de sombra. La cantidad era generosa, pero tampoco era modesto el salto entre Taipéi y París. Más valía prevenir, aunque fuese al precio de quedarse con reservas peligrosamente bajas cara al viaje de regreso a Nueva York.

Embadurnó de polvo la jamba de la puerta y se lanzó a través. El brujo le gritó, pero su voz se apagó al cerrarse la puerta detrás de Eco, junto con el traqueteo de los trenes entrantes y el rumor de las conversaciones del andén. Por unos instantes todo quedó a oscuras. No fue tan desorientador como su primera travesía por los ámbitos del entrespacio, pero seguía siendo extraño. En aquel vacío sin «aquí» ni «allá» no había arriba, abajo, izquierda ni derecha que valiesen. El suelo oscilaba y se combaba a cada paso. Tragándose la bilis que subía por su cuello, adelantó una mano en el vacío de la oscuridad sin oír ni ver nada, y suspiró de alivio en el momento en que su palma entró



en contacto con la pintura desconchada de una puerta bajo el Arco de Triunfo.

Era, la del Arco, una estación muy transitada por los viajeros del entrespacio. Con algo de suerte, al brujo le costaría mucho seguirla. De todos modos, rastrear la trayectoria de alguien por el entrespacio, aun siendo difícil, no era imposible, y al brujo le resultaría más sencillo hacerlo gracias a su oscura magia. Eco no podía quedarse mucho tiempo, aunque le fascinase París en primavera. Lástima, pensó. En esa época del año estaban preciosos los parques.

Se dirigió al otro lado del Arco, atenta a la posible aparición entre el gentío de un gorro calado hasta el fondo para esconder un penacho de colores vivos, y unas gafas de aviador que costaban más que todo el guardarropía de Eco. Jasper era uno de sus contactos más volubles, pero solía cumplir su palabra. Justo cuando Eco estaba a punto de desistir y elegir una puerta de regreso a Nueva York, vio un atisbo de piel de color bronce y el brillo de unas gafas de sol. Jasper la saludó con la mano. Eco se adentró a paso vivo por la muchedumbre con una sonrisa socarrona.

—¿Lo has traído? —preguntó cuando estuvo a su lado, jadeando a causa del esfuerzo.

Jasper sacó una cajita turquesa de su bandolera. Eco reparó en que la puerta de al lado ya tenía unos brochazos de polvo de sombra. Si Jasper se esforzaba —cosa que ocurría pocas veces— podía ser previsor.

—¿Te he fallado alguna vez? —preguntó.

Eco sonrió.

—Miles.

La sonrisa de Jasper era al mismo tiempo deslumbrante y salvaje. Lanzó la caja a Eco con un guiño de fuerza suficiente para atravesar los cristales de espejo de las gafas. Eco se puso de puntillas para darle un beso rápido en la cara. Después cruzó la puerta y penetró en el entrespacio sin darle tiempo de

pensar una réplica ingeniosa. Una vez le había dicho que la última palabra la tendría cuando se la arrancara de sus manos yertas y sin vida. Y lo decía en serio.

La segunda vez no resultó tan chocante cruzar el umbral del entrespacio, pero aun así su estómago dio un vuelco, junto con su contenido. Avanzó a tientas por la oscuridad hasta que sus manos entraron en contacto con algo sólido que le provocó una mueca. Las puertas de Grand Central Station siempre estaban roñosas, incluso en aquel lado del entrespacio.

Nueva York, pensó, la ciudad donde siempre hay algo sucio.

Salió a uno de los pasillos que confluían en el vestíbulo principal y, tras rodear sin prisa el puesto central de información, se abrió paso entre los grupos de turistas que hacían fotos de las constelaciones de la bóveda, o de viajeros en espera de sus trenes. Nadie sabía que bajo sus pies existía un mundo invisible para el ojo humano. Bueno, para casi todos los ojos humanos. Había que saber buscar, como en la tienda del brujo. Hablando de este, le daría unos minutos por si hacía acto de presencia. En caso de que hubiera logrado seguirla desde el Arco, Eco quería asegurarse de que no lo conduciría hasta la puerta principal. Estaba segura, incluso sin pruebas, de que los brujos eran muy malos invitados.

Le hizo ruido el estómago. Los pocos bocados del bollo de carne de cerdo la habían dejado con hambre. Pensó en la sala secreta de la Biblioteca Pública de Nueva York donde vivía, y en el burrito que había dejado a medias en la mesa. Se lo había birlado un poco antes a un universitario que echaba una cabezadita, el muy incauto, usando una edición gastada de *Los miserables* como cojín. Robo de poca monta, pero poético, a su modo. De hecho solo lo había hecho por aquel motivo. Ya no necesitaba robar comida para sobrevivir, como en su infancia. Había, sin embargo, ocasiones demasiado buenas para desaprovecharlas.

Se desentumeció el cuello, para que la tensión acumulada en los músculos se diluyera por los brazos y los dedos. Mientras

iba relajando cada centímetro de su cuerpo oía retumbar los trenes que entraban y salían de la estación. El ruido era tranquilizador, como una nana. Tras una última mirada al vestíbulo, se echó la bolsa al hombro y se dirigió a la salida de la avenida Vanderbilt. A pocas manzanas al oeste de Grand Central tenía su casa, y un burrito robado que la reclamaba.

## 2

A esas horas de la noche solo se instalaban dos tipos de personas en la Biblioteca Pública de Nueva York. Por un lado estaban los estudiosos: universitarios mareados por la cafeína, doctorandos de obsesiva meticulosidad, docentes ambiciosos en busca de la titularidad... Y por el otro los que no tenían adónde ir: gente que se solazaba en el reconfortante y almizclado olor de los libros viejos, y en los suaves ruidos que hacían otros seres humanos al respirar, pasar páginas y hacer crujir las sillas de madera con sus cambios de postura; gente deseosa de saberse acompañada, pero también de ser dejada en paz. Gente como Eco.

Iba por la biblioteca como un fantasma, deslizando los pies sin tan solo un susurro por el mármol de los escalones. Era bastante tarde para que nadie se molestara en levantar la vista de su libro para fijarse en una joven que, vestida de negro de los pies a la cabeza, metía las narices donde no la llamaban. Ya hacía tiempo que Eco se había creado un itinerario entre los empleados que contaban los minutos para salir del trabajo. De las cámaras de seguridad no hacía falta que se preocupase. Los bibliotecarios de Estados Unidos luchaban con valentía por la protección de la intimidad de sus lectores, y gracias a ello la biblioteca estaba libre de cámaras. Era una de las razones por las que había decidido vivir en ella.

Se deslizó entre las estrechas estanterías, respirando el conocido olor a libro viejo. En la oscura escalera de acceso a su cuarto se hacía más densa la magia en el aire. Las salvaguar-

días que el Ala le había ayudado a colocar opusieron resistencia a su paso, aunque débil. Estaban hechas para reconocerla. Cualquier otra persona que hubiera llegado por azar a la escalera habría dado media vuelta, acordándose de que se había dejado los fogones encendidos, o de que llegaba tarde a una reunión. En cambio, en Eco rebotaba el conjuro.

Al final de la escalera había una simple puerta beis, como la de cualquier otro armario de material. Sin embargo, también tenía su propia magia. Eco sacó su navaja suiza del bolsillo trasero y la abrió. Aplicó la punta del pequeño cuchillo a la yema del meñique y vio cuajar una perla de sangre.

—Por mi sangre —susurró.

Cuando tocó la puerta con la gota roja, el aire crepitó de una electricidad que le erizó el vello de la nuca. Primero se oyó un suave clic. Luego se abrió la cerradura. Como siempre que entraba en el cuarto, repleto de los tesoros que había liberado con el paso de los años, cerró de un portazo con el pie y habló sin dirigirse a nadie en particular.

—Ya estoy en casa, cariño.

Se agradecía el silencio que obtuvo por respuesta, en contraste con la estridente sinfonía de Taipéi y la cacofonía de la hora punta en Nueva York. Dejó su bolso en el suelo, junto al escritorio recogido en la pila de reciclaje de la biblioteca, y se desplomó en el sillón, no sin antes encender las lucecitas navideñas distribuidas por la habitación, que bañaron el acogedor espacio de luz cálida.

Delante de Eco estaba el burrito con el que venía soñando, rodeado por los chismes que adornaban hasta la última superficie de la habitación: diminutos elefantes de jade de Phuket, geodas de las minas de amatistas de Corea del Sur, un huevo Fabergé original cubierto de rubíes y ribetes de oro, y alrededor de todo montones de libros que aprovechaban hasta la última esquina, formando torres de equilibrio precario. Algunos los había leído Eco una docena de veces, y otros ninguna. Su

mera presencia la reconfortaba. Los acumulaba con la misma avidez que el resto de sus tesoros. La Eco de siete años había decidido que robar libros era carecer de escrúpulos, pero habida cuenta que no salían de la biblioteca (sino que solo habían cambiado de lugar) técnicamente no se trataba de ningún robo. Contemplando su mar de volúmenes le vino una sola palabra a la cabeza: *tsundoku*.

Era como se decía en japonés dejar que se amontonasen los libros sin haberlos leído necesariamente. Otra cosa que acumulaba Eco eran las palabras. Esa colección la había iniciado mucho antes de llegar a la biblioteca, cuando vivía en una casa de la que prefería no acordarse, con una familia que se habría alegrado de olvidar. Por aquel entonces sus únicos libros eran tomos de enciclopedias obsoletas. Pertenencias que reivindicar había pocas, pero lo que siempre tenía eran sus palabras. Y ahora poseía un alijo de tesoros robados, en algunos casos comestibles.

Se acercó el burrito a los labios, pero un aleteo de plumas le impidió morderlo. Solo había una persona capaz de eludir las salvaguardias sin activar ninguna alarma, y esa persona nunca se tomaba la molestia de llamar. Eco suspiró. Qué mala educación.

—¿Sabes —comentó— que he leído que en algunas culturas la gente llama a la puerta? Pero, bueno, podrían ser simples rumores.

Giró en la silla con el burrito en la mano. En una esquina de la cama se había sentado el Ala, cuyas plumas negras ondulaban un poco como si las moviera algún tipo de brisa; inexistente, sin embargo, ya que en la cama estaba solo ella investida de su poder.

—No te pongas de mal humor —dijo mientras se alisaba el plumaje del brazo—, que entonces hablas como una adolescente.

Eco dio un mordisco ostentoso al burrito y habló con la boca llena de arroz y frijoles.

—Publicidad no engañosa. —El Ala frunció el ceño. Eco tragó saliva—. Es que soy adolescente.

Si los modales de Eco eran pésimos, la culpa solo podía echársela el Ala a sí misma.

—Solo cuando te conviene.

Hablar con la boca llena era, a juicio de Eco, una respuesta de lo más adecuada.

—En fin —suspiró el Ala, mirando las estanterías invadidas por toda clase de chismes relucientes—, me alegro de que hayas vuelto, pequeña urraca mía. ¿Has robado algo bonito hoy?

Eco le acercó su mochila con la punta del pie.

—Pues la verdad es que sí. Feliz cumpleaños.

El Ala chasqueó la lengua, pero más de satisfacción que de decepción.

—No entiendo tu obsesión por los cumpleaños. Yo soy demasiado vieja para acordarme de los míos.

—Ya, ya lo sé; por eso te he asignado uno —dijo Eco—. Vamos, ábrelo. Conseguirlo ha estado a punto de costarme que me achicharrara un brujo.

—¿Solo uno? —Las palabras del Ala eran burlonas. Sacó la caja de música de la mochila y la manipuló con más cuidado del que parecía merecer—. No esperaba que un solo brujo diera problemas a una ladrona de tu talento. Como presumías tanto de... ¿Cómo lo dijiste? Ser un crack de los allanamientos de morada...

Eco puso mala cara, aunque el trozo de queso que colgaba de su labio inferior mitigó el efecto.

—Eso, eso, échamelo en cara.

—¿De qué otra manera te darías cuenta de lo absurda que es tu arrogancia? —Una dulce sonrisa paliaba el reproche del Ala—. Los jóvenes se creen siempre invencibles, hasta el momento mismo en que averiguan que no lo son. A las malas, normalmente.

Como toda respuesta Eco encogió un hombro. El Ala miró la habitación. Eco tuvo curiosidad por saber cómo la veían otros ojos. Montañas de libros por doquier, a punto de caerse. Joyas robadas cuyo valor podría costear dos carreras universitarias. Envoltorios arrugados de chocolatinas en los rincones. Un desastre, vaya, pero suyo. A juzgar por la arruga que se formó entre las cejas del Ala, no debía de valorar demasiado este último argumento.

—¿Por qué te quedas aquí, Eco? Podrías venir al Nido y vivir con nosotros. Sé de algunos ávicen que no estarían descontentos de tenerte cerca.

—Necesito mi propio espacio —se limitó a contestar Eco.

Lo que no dijo fue que lo necesitaba lejos de los ávicen. Su piel lisa, carente de las coloridas plumas que adornaban las extremidades de estos últimos, bastaba para identificarla como una extraña. No le hacían falta miradas de reojo para constatar que aunque se moviera entre ellos no formaba parte de ellos. Porque miraban, miraban. Como si su presencia trastocara el orden natural. Que con los años se hubieran acostumbrado a Eco no significaba que tuviera que gustarles.

Donde se sentía en casa era en la biblioteca. Los libros no la miraban raro, ni susurraban comentarios malintencionados. Tampoco juzgaban a nadie. Antes de que la encontrase el Ala, sola y famélica, y se la llevase al Nido de los ávicen, sus únicos amigos habían sido los libros. Eran su familia, sus maestros, sus compañeros. Siempre le habían sido fieles, y también Eco lo sería con ellos.

El suspiro cansado del Ala le era tan familiar como los propios latidos de su corazón.

—Muy bien, tú misma. —El Ala miró la caja de música que tenía Eco en las manos—. Qué bonita.

Eco se encogió de hombros, pero no pudo resistirse a la sonrisa satisfecha que logró abrirse paso hasta su cara.

—Dadas las circunstancias ha sido lo mejor que podía hacer.



El Ala hizo girar un par de veces la manivela de la base de la caja y levantó la tapa. Mientras el pajarito giraba, se propagó una melodía metálica en el aire.

—La nana de la urraca —dijo Eco—. La he elegido por eso. —Hizo gestos perezosos con la mano en alto, como si dirigiera una pequeña orquesta—. *Una es pena, dos contento.*

El Ala sonrió afectuosamente.

—*Tres un entierro, cuatro un nacimiento.*

—*Cinco plata, oro las seis* —cantó Eco.

El último verso lo entonaron juntas.

—*Y siete un secreto, pero no lo contéis.*

Coincidiendo con la última nota se abrió un compartimento en la base de la caja. Estaba tan bien disimulado en la madera lacada que Eco no había reparado en él. El Ala sacó un papel doblado.

—¿Qué es esto? —inquirió Eco.

El Ala lo desdobló con suavidad y lo miró atentamente, ladeando la cabeza.

—¿Por qué has elegido esta caja de música? —preguntó en voz baja, con el tono cauteloso de quien sopesa al máximo sus palabras.

—Porque me ha parecido bonita —contestó Eco—. Y porque tocaba nuestra nana. —Se acercó para echar un vistazo al papel, pero se lo impidieron las manos del Ala—. Pero ¿qué es?

El Ala lo dobló otra vez mientras se levantaba con una gran precisión y rapidez de movimientos. Lo guardó en uno de los bolsillos escondidos en los pliegues de su túnica.

—Ven, que hablaremos en el Nido.

—¿Es muy urgente? —preguntó Eco, agitando el burrito y llenándose el regazo de granos de arroz y trozos de queso—. Es que iba a darme un festín con este burrito.

La ceja arqueada del Ala fue respuesta más que suficiente.

—Está bien —murmuró, dejándolo otra vez en su envoltorio. Qué triste se veía, solo, a medias... Daba verdadera lástima.

Se levantó, se limpió los vaqueros y recogió la mochila—. Espero que valga la pena.

—La valdrá, la valdrá —respondió el Ala mientras echaba un puñado de polvo de sombra a su alrededor.

Los tentáculos negro azabache del entrespacio se enroscaron en sus piernas. El estómago de Eco dio un vuelco con antelación. Nunca era divertido viajar por el entrespacio, pero sin la solidez de una puerta como referente, la experiencia podía calificarse de pésima. El Ala le tendió una mano.

—Recuérdame si te he contado alguna vez la historia del pájaro de fuego, pequeña.

### 3

Por muy gruesos que fueran los muros de piedra de la Fortaleza del Guiverno, Caius oía romper el mar contra las rocas. El perímetro exterior sufría los embates de un viento escocés endiablado, al que se unían los rugidos con los que el océano descargaba su implacable furia contra los cimientos de la fortaleza. Caius envidiaba a las olas su pasión y rabia, el frenesí sin paliativos que mostraban ante tan inamovible objeto. Cerrando los ojos, se imaginó durante un momento que sentía las salpicaduras del mar en su cara, que éstas le comunicaban una parte —por pequeña que fuera— de su fuerza; pero no, él no era el mar, mientras que los obstáculos que se cernían sobre él tenían la misma solidez que un edificio de piedra.

—Vuestra lealtad es digna de encomio —dijo, volviéndose hacia los dos prisioneros—. De veras.

Dos exploradores ávices hincaban sus rodillas en el suelo de la mazmorra. Estaban esposados por la espalda con pesados grilletes de hierro. Su plumaje, de colores tan vivos, lo cubría ahora una gruesa capa de sangre y suciedad. El de la izquierda, que tenía las plumas moteadas como un cárabo, osciló al tratar de levantarse. El ávices de al lado le recordaba a Caius a un halcón, pequeño, estilizado, con penetrantes ojos amarillos. A diferencia de su compañero no temblaba, sino que mantenía la firmeza e inmovilidad de una roca. Era más fácil pensar en términos de las aves a las que se asemejaban que preguntarles por sus nombres. Tal vez viéndolos como animales fuera más fácil lo que Caius sabía que tenía que hacer. El halcón le lanzó

un escupitajo a los pies, manchándole las botas con una mezcla de saliva y sangre.

—No os diremos nada.

Aun en presencia del Príncipe Dragón persistía en mostrarse desafiante. Digno de encomio, en verdad.

Caius hizo una señal con la cabeza a los dos vigilantes situados a espaldas de los ávicen. Eran dragones de fuego, el regimiento más temible del ejército drakharin. Dos dragones para igual número de prisioneros, medio muertos de hambre: era una exageración, pero a veces había que dejar las cosas claras. Los dragones de fuego tomaron al búho por los brazos, ante la horrorizada mirada del halcón.

—Tú no —dijo Caius—, pero él sí.

Levantaron al búho, cuyos labios agrietados suplicaron piedad como si hubiera empezado a perder la razón. La escasa luz de las antorchas hacía brillar la armadura dorada de los vigilantes, en cuyas pecheras danzaban los dragones en relieve, al compás de las llamas. El búho siguió desvariando mientras lo arrastraban ante Caius. Lástima que el fragor del mar no silenciara del todo su voz.

Caius le puso una mano en la mejilla, pero con cuidado, para no presionar los verdugones. El búho se estremeció al ser tocado, y guardó silencio.

—Dime lo que quiero saber. —Caius se lo pidió en voz baja, suavemente, como si intentara sacar de su escondrijo a un animal asustado—. Te prometo que seré compasivo.

El halcón trató de ponerse en pie, pero uno de los dragones de fuego le dio una patada detrás de la rodilla que lo hizo caer de bruces en el suelo, convertido en un ovillo de plumas y de rabia.

—De compasión no saben nada los dragones —afirmó el halcón con voz sibilante, y el fuego, en los ojos, de una rabia apenas contenida.

El dragón de fuego le puso un talón en el cuello para silen-

ciarlo. Caius no le hizo el menor caso, ni apartó la vista del búho.

—¿Qué hacíais en Japón? Es un país dominado desde hace casi un siglo por los drakharin. ¿A qué habíais ido?

El búho se pasó la lengua por los labios agrietados, mientras repartía sus miradas entre Caius y su compañero caído.

Así no se consigue nada, pensó Caius, y apretó un poco la mano, lo justo para recuperar la atención del ávicen.

—Soy hombre de palabra, aunque hayas oído lo contrario —afirmó—. Si hablas os trataré a los dos con la debida compasión.

El búho tragó saliva, parpadeando a gran velocidad. Sus pupilas, exageradamente grandes, se dilataban y encogían a una velocidad digna de alarma. Su respuesta fue tan débil que Caius tuvo que agacharse para oírla.

—Nos envió el general.

Caius apretó tanto los dientes que se oyó cuando los rechinaba.

—El general. Altair.

El búho asintió con movimientos espasmódicos de la cabeza, idénticos a los del ave a la que se asemejaba.

Caius le acarició la mejilla con el pulgar. Un ligero temblor recorrió al ávicen desde los pies hasta las plumas erizadas de las sienas.

—¿Y qué os había pedido Altair?

—Traidor —le espetó el halcón a su compañero.

El dragón de fuego hincó de nuevo su bota, reduciendo a un borboteo de dolor las siguientes palabras del halcón. El temblor del búho creció hasta agitar todo su cuerpo y transmitirse a las plumas de sus brazos. Intentó mirar a su compañero, pero Caius le sujetaba la cabeza.

—Sigue.

El búho se humedeció otra vez los labios y se mordisqueó un poco el inferior.

—El general... nos mandó a Kioto, a una casa de té donde vivía una vieja, pero ella no sabía nada de lo que buscaba Altair.

La mano de Caius se detuvo en la curva del cuello y acarició la piel con el pulgar, justo encima de donde latía agitada la vena.

—¿Qué es lo que buscaba?

—El pájaro de fuego.

Tuvo que hacer un esfuerzo por que su rostro se mostrara tan plácido e inexpresivo como en la corte. Hacía mucho que esperaba oír esa palabra en labios de alguien.

—¿Y encontrasteis algo aparte de a una humana de avanzada edad?

—No —respondió el búho, moviendo la cabeza con pequeñas sacudidas de pájaro—. Nada.

—Nada —repitió Caius.

Por supuesto. Nunca era nada.

Soltó al búho y se apartó, aguantándose las ganas de limpiarse la palma en el muslo.

—Gracias. Tu cooperación será recompensada.

Hizo otra señal con la cabeza a los dragones de fuego, que se apartaron con el búho y pusieron al halcón en pie.

—Matadlos.

En los ojos del búho apareció la primera chispa de fuego que había visto Caius en ellos.

—Nos habéis prometido compasión.

—Y esto lo es —dijo Caius, que ya había empezado a darles la espalda—. Vuestra muerte será rápida.

Dejó que se le cerraran los ojos, mientras los dos ávicen eran conducidos a lo más profundo de las mazmorras. Seguía viendo con la misma claridad los extraños y grandes ojos del búho. La imagen, sin embargo, se desintegró por obra de los aplausos con que su público rompió finalmente el silencio.

Clap. Clap. Clap.

Se dio la vuelta. Tenía delante a su hermana Tanith, con su

armadura dorada, que aun con el ornato de una capa de hollín y de herrumbrosa sangre resplandecía con intensidad. Los pocos mechones de cabello rubio que se habían escapado de su trenza añadían un suave marco de oro a su semblante. La luz de sus ojos carmesíes era la del regocijo. Suyos eran los dragones de fuego que habían interceptado a los dos ávicen, y ella era quien los había hecho desfilar ensangrentados, quebrantados, ante Caius, con un celo que a él le daba grima. Ensangrentada, Tanith era feliz; y una Tanith feliz era lo que a Caius menos le convenía. Ni a Caius ni a nadie. En ningún lugar. Jamás.

Al menos uno de los dos ha disfrutado del espectáculo, pensó.

—Enhorabuena, hermano; empezaba a pensar que tus facultades habían menguado. —Tanith se acercó, haciendo sonar la armadura. El pesado manto escarlata que llevaba prendido en los hombros susurró con fuerza al arrastrarse por el suelo de piedra—. De todos modos, por muy entretenido que haya sido el espectáculo, sigue siendo una pérdida de tiempo descomunal. Es imposible encontrar el pájaro de fuego, por la simple razón de que no hay ninguno. Carece de existencia, piense lo que piense cierto chiflado general ávicen.

Caius se deslizó una mano por el pelo oscuro, que en las últimas semanas había crecido mucho, y se preguntó si tanto desaliento no les parecería indigno de un príncipe a sus cortesanos.

—Lo único que necesito es tiempo.

—El que tenías —replicó Tanith— ya lo has malgastado en la persecución de un animal mitológico que no existe. Un animal mitológico que, te lo advierto, podría no ser ni tan siquiera un animal. Se está acabando el tiempo, y tus nobles empiezan a cansarse.

—Soy su príncipe —repuso con dureza Caius—. Ya encontrarán tiempo por mí.

—Solo serás su príncipe mientras deseen ellos que lo seas. Y mientras te merezcas el título. —Tanith sacudió la cabeza,

haciendo que su dorada trenza rozase una de sus charreteras. Aunque fueran mellizos, poco tenían en común más allá de unos pómulos marcados, salpicados de escamas de dragón. De los dos siempre había sido Caius el tranquilo, el estoico, el estudioso, frente a la pasión y furia de Tanith—. Harías bien en recordarlo.

—¿Es una amenaza? —preguntó Caius.

Con su hermana nunca se sabía.

—No, solo la verdad. —Tanith sonrió, pero sin rastro de efusividad—. Los dragones no tienen mucha fama de pacientes. Esta búsqueda del pájaro de fuego... es una insensatez, hermano.

Dándole la espalda, Caius se acercó a la recargada chimenea que dominaba la pared del fondo de la mazmorra. La flanqueaban dos dragones de piedra con las bocas muy abiertas, que habrían dado la impresión de echar fuego por ellas de no ser por que hacía horas que se había consumido el fuego y solo quedaban los rescoldos. Oyó que Tanith cambiaba de postura a sus espaldas con la impaciencia de siempre, y aunque fuera una mezquindad, la hizo esperar un momento antes de hablar.

—¿Estás poniendo en duda mi buen criterio? —preguntó mientras se limpiaba las manos de barro con un trapo dejado en la repisa (el búho estaba sucio).

Tanith resopló con su habitual falta de delicadeza.

—No sería la primera vez que me viera obligada a ello. ¿O se te ha olvidado...? ¿Cómo se llamaba, por cierto?

Caius se dio la vuelta hacia los dragones de piedra, de inexpresivas miradas esmeralda, pero no pronunció ningún nombre. Ni Tanith ni él lo habían olvidado. En el silencio pesaba lo no dicho.

—Eso fue hace tiempo —dijo en voz baja—, y no merece la pena recordarlo.

Se preguntó si Tanith sería capaz de detectar la mentira en su voz.



—Los que olvidan su historia —dijo ella, poniéndose a su lado para verle la cara— están condenados a repetirla. —Levantó una mano, de cuya palma brotó un chorro de fuego. Un gesto de sus dedos hacia el interior de la chimenea hizo revivir las brasas, que irradiaron un calor sofocante—. Ese pájaro de fuego será otra de tus meteduras de pata, y quien la solución será de nuevo yo.

Caius apoyó las manos en la repisa y bajó la cabeza, ocultando su rostro a Tanith con la caída del largo flequillo. Estaba cansado; de la conversación, de intentar convencer a Tanith de la candente certidumbre que sentía sobre sus acciones y de ignorar las miradas mordaces y los susurros de curiosidad de los suyos a medida que pasaban los días sin nada que mostrarles.

—El pájaro de fuego existe. —Hacía cien años que cantaba la misma canción sin que Tanith se dejara convencer—. Existe y es nuestra única esperanza de ganar la guerra.

La mano que se posó en su hombro era pequeña, pero fuerte a causa de años de manejo de la espada. Tanith debía de haberse quitado las manoplas, aunque él no lo hubiera oído, entorpecido por el cansancio.

—El pájaro de fuego es un mito, Caius, un simple cuento de hadas. Has perdido de vista lo importante.

Pero cómo se podía ser tan descarada... Caius se volvió hacia su hermana.

—Si esto no es importante, si buscar el pájaro de fuego es una pérdida de tiempo y de recursos, ¿qué es lo importante? ¿Qué te parece a ti importante, Tanith, si no es poner fin lo antes posible a esta guerra?

—La victoria —dijo ella sin la menor vacilación. Para ella era fácil. Siempre lo había sido. Era una sencillez que Caius le envidiaba. Qué reconfortante debía de ser—. Sabes perfectamente que esta tregua es una farsa, y que tarde o temprano estallará la guerra abierta, sobre todo si siguen enviando espías a nuestro territorio.

—¿Como nosotros al suyo?

—Lo dices como si se supusiera que la guerra es justa.

—Tan ingenuo no soy.

—Pues estoy por creérmelo —replicó Tanith—. Explícame otra vez cuánto tiempo y recursos has derrochado en esta búsqueda infructuosa.

—Ese gasto no lo considero yo un derroche. Intento ayudar a nuestro pueblo a poner fin a la guerra, que es justamente el efecto del pájaro de fuego, según la profecía.

—Lo mismo intento yo, pero las profecías no valen ni el papel en el que están escritas. Nuestro pueblo, Caius, necesita resultados tangibles, no cuentos de hadas.

Cuentos de hadas, pensó Caius; bendito el día en que no siga oyendo esas palabras.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué luchas?

Tanith se encogió de hombros, mientras se reflejaba el fuego en su armadura sucia.

—Porque tengo que luchar. Esta cruenta disputa la empezaron los ávicen, y seré yo quien la acabe. Estaban tan ávidos de poder que nos robaron el nuestro. Antiguamente los drakharin tenían magia suficiente para convertirse en dragones; dragones de verdad, Caius. Hubo un tiempo en que surcábamos los aires y lanzábamos fuego a nuestros enemigos.

Los labios de Caius esbozaron una sonrisa.

—A ver quién cita ahora cuentos de hadas.

Tanith ahuecó ambas manos y sopló. Una pequeña bola de fuego flotó sobre su piel como un fuego fatuo.

—Algunos aún respiramos fuego, hermano.

—Lo invocáis, que no es exactamente lo mismo —dijo Caius—. Además, aunque fueran ciertos esos viejos cuentos, no por destruir a los ávicen recuperaremos lo que perdimos.

Tanith dio una palmada que apagó el fuego.

—Tú cree lo que quieras. Yo creo en lo que puedo ver y tocar. Aunque destruyendo a los ávicen no recuperemos lo

perdido, me sentiré mejor. Quiero que se haga justicia a nuestro pueblo, y que se acabe la amenaza de los ávicen. Eso es lo que debería preocuparte, Caius, no un ave mágica de la que leíste en un libro.

Caius se desentumeció el cuello y la espalda. Necesitaba dormir urgentemente.

—No lo leí en un libro, sino en varios, para que lo sepas.

—Sí, escritos en la mitad de los casos por los ávicen. Cuidado con tus fuentes, hermano, que no son de fiar.

—Estoy harto de combates. —Aunque hablara en voz baja, estaba seguro de que su hermana le oía sin problemas; cosa muy distinta era que le escuchase—. ¿Tú no?

Era una tontería preguntarlo. Sabía muy bien la respuesta, pero no había podido contenerse.

Tanith ladeó la cabeza. La luz de las antorchas se posó en la delicada iridiscencia de las escamas que se dibujaban en sus pómulos. Lo miró parpadeando, con unos ojos rojos que brillaban a la luz de la lumbre, y dio una respuesta muy sencilla:

—No.

Quedó entre ellos, flotando en el aire, la palabra, como el escueto y acertado resumen de unas diferencias que se acrecentaban desde hacía años. No siempre había sido así. En otras épocas habían sido inseparables, rodeando aquella misma fortaleza a lomos de caballos invisibles o jugando a una guerra que apenas entendían, con romas espadas de madera que hacían chocar entre sí; pero la niña de dorados y rebeldes rizos, la de las manos regordetas y pringadas de dulces, estaba en las antípodas de la mujer a quien tenía Caius delante en esos momentos, una mujer espléndida y terrible, orgullosa de ir manchada con la sangre de sus enemigos. Al crecer, su hermana se había convertido en algo hermoso, fiero y completamente ajeno a él. A veces Caius echaba de menos a la niña que había sido antes de que la forjaran años de batallas y efusión de sangre, convirtiéndola en acero.

La mirada de Tanith se suavizó, y hubo un momento en que de nuevo fue su hermana; no su general, sino su hermana.

—Tenemos que actuar antes de que lo hagan los ávicen. Si seguimos esperando, temo lo que ello supondría para los drakharin. Yo, como tú, deseo lo mejor para nuestro pueblo.

Caius se apartó de ella con un gran suspiro. Ya estaba cansado de su hermana y sus dudas.

—Gracias, Tanith, puedes retirarte.

Ella lo estudió con una dureza indescifrable en el rostro. Caius se dispuso a oír sus protestas por ser despachada de aquel modo. En tanto que oficial de mayor rango del ejército drakharin, Tanith estaba más acostumbrada a dar órdenes que a recibir las, pero había alguien a quien no superaba en rango: Caius, el Príncipe Dragón, el más joven elegido para el cargo, que ejercía desde hacía un siglo. Años de guerra y de política habían demostrado que estaba a la altura de aquella dignidad, y de vez en cuando había que recordarle a su hermana que no era en su cabeza, sino en la de su hermano, donde descansaba la corona de los drakharin.

Pasó un minuto entero antes de que Tanith tendiera los brazos y esbozara una ligera reverencia.

—Como ordene mi príncipe.

Muy rico sería, pensó Caius, si fuese oro la falta de sinceridad de Tanith.